

... y como yo me acordaba de lo que me habia pasado en la noche anterior, me acordaba tambien de lo que me habia pasado en la noche anterior, me acordaba tambien de lo que me habia pasado en la noche anterior...



... y como yo me acordaba de lo que me habia pasado en la noche anterior, me acordaba tambien de lo que me habia pasado en la noche anterior, me acordaba tambien de lo que me habia pasado en la noche anterior...

LA FUGA.

... y como yo me acordaba de lo que me habia pasado en la noche anterior, me acordaba tambien de lo que me habia pasado en la noche anterior, me acordaba tambien de lo que me habia pasado en la noche anterior...



I

AL llegar la diligencia á la encrucijada que hace el camino real cerca del pintoresco pueblecillo de Zaulán, penetró hasta el fondo del carruaje donde venía yo penosamente recluso, el eco de una voz conocida, que hizo detener el vehículo, diciendo:

—¡Eh! cochero, ¿viene dentro don Julio Gutiérrez?

—¡Presente!, contesté sacando la cabeza por la ventanilla.

—¡Queridísimo amigo! exclamó Pedro, estrechándome fuertemente la mano que yo le ofrecía.

—¡Querido Pedro!

—Pie á tierra, dijo, aquí dejas la diligencia y continuamos en mi coche hasta la hacienda. No te molestes en recoger las maletas; mis mozos se encargarán de eso.

Bajé de la diligencia, nos dimos un abrazo cordial, y montamos en su ligero carruaje americano, que frescamente enfundado en blanca lona, á corta distancia y debajo de un frondoso árbol nos esperaba. ¡Con cuánta delicia me acomodé en el blando asiento de resortes, y dí ensauche á mi antes comprimida persona, y estiré mis miembros inferiores doloridos y cansados por la estrechez de la diligencia! ¡Qué muelles los de ahora tan suaves, y qué sopandas las de unos momentos antes tan duras!

—¡Hombre, Pedro, le dije, tienes un carruaje admirable!

Sonrió mi amigo con satisfacción.

—No es malejo. Me ha costado mil quinientos duros. Es nuevo; no hace ocho días le recibí de los Estados Unidos.

—Por lo visto, eres un potentado que no se pára en gastos.

—No tanto; pero no me quejo. Ya verás mis terrenos.

—¡Y la carrera de abogado?

— ¡Qué leyes ni qué ocho cuartos! No era yo para el caso. Sólo porque mi padre se empeñaba, seguía los estudios. Ya te acuerdas que no los hice brillantes.

— Eras perezoso en demasía.

— Mi vocación era la agricultura. Apenas salí del colegio y me vine al campo, me sentí otro: engordé, eché barbas, trabajé y comencé á ganar dinero. Poco tiempo después me casé.

— ¡Eso es! ¡si eres casado! Lo había olvidado. ¿Cuántos niños tienes?

— Ni uno, Julio, repuso con tristeza mi amigo. Estoy ya en el tercer año de matrimonio, y aun no tengo ninguno.

— Es sensible verdaderamente; pero ya te los dará Dios. No te apenes por ello.

Quedó un momento pensativo mirando los sembrados cubiertos de corpulentos mazaes, que hacía estremecer con sus ráfagas el viento de la mañana. Púseme inconscientemente á considerarle con atención.

Estaba más feo que como le había conocido. ¡Vaya si era feo el pobre de Pedro! Contaría apenas veinticinco años, y estaba más grueso que un viejo panzudo. Sobre todo, era su abdómen lo más desarrollado, porque,

bien visto, tenía piernas delgadas, y pequeño y enjuto rostro: pero su vientre redondo y voluminoso no le permitía juntar las rodillas. Esto no obstante, parecía ágil y listo, como si no llevase sobre sí la pesada carga de su volumen. Era trigaeño tirando á negro, chato, de ojos pequeños, barba escasa, melena crespa é indómita, boca grande y carnuda y dientes ralos y amarillos.

Por lo que hace á la inteligencia, era enteramente obtusa la suya. Disfrutó la gloria de no responder nunca una sola pregunta de sus profesores, y de obtener calificaciones ínfimas al fin de los años escolares, con una regularidad perfecta. Pero gozó siempre de las simpatías de sus maestros y condiscípulos, por la bondad y sencillez de su corazón. Su rostro, risueño siempre como el de un niño, nunca reflejó sentimientos de envidia ni de malevolencia para nadie; desvivíase por servir y agradar á sus condiscípulos con todo género de atenciones, y aun solía repartir entre ellos las golosinas de dulces y frutas que su acaudalada familia le mandaba.

Fuí yo, en particular, constante objeto de su adhesión nunca desmentida. Por donde

quiera me seguía; me obedecía en todo; considerábame el más capaz de la clase, y se volvía lenguas hablando de mi memoria, talento y ciencia incomparables. Su amistad no se entibió con la ausencia, pues, aunque al comenzar los estudios de abogado desertó de las clases y se marchó al campo (haría de esto como cinco años), no por eso me había olvidado; sino que por medio de cartas, túvome siempre al corriente de todas las peripecias de su vida. Por aquellas supe la muerte de su padre, la adquisición definitiva que hizo de la hacienda paterna mediante una combinación con sus coherederos, y finalmente, su famosísimo matrimonio. Próximo á celebrar sus bodas, escribíme diciéndome: "Quiero que vengas á presenciar mi felicidad. Me caso con la joven más linda del Estado; te espero sin falta para el día de mi boda." Pero andaba yo por aquellos días terminando la carrera, y no pude acudir á su llamado. En la misma fecha en que él se casó, obtuve mi título de licenciado en leyes.

Desde esa época no había cesado de instarme para que fuera á pasar una temporada en su compañía. "Ven á fastidiarte

unos días con nosotros á la hacienda—me escribía con frecuencia; haz este sacrificio en nombre de nuestra antigua amistad. Si no aceptas, sabe Dios cuándo volveremos á vernos, porque tengo el firme propósito de no ir á la ciudad, sino hasta que tenga hijos que necesiten instruirse." No pude al fin resistir, y hube de cumplir mi antigua promesa; hé aquí la razón y el por qué de mi viaje, y de haber salido Pedro á recibirme á la encrucijada del camino.

II

En hacer estas reflexiones y oír algunos informes de boca de mi amigo acerca de sus tierras y productos, emplee la hora larga de camino que hay de la encrucijada á la hacienda. Al fin llegamos á la finca, que se eleva sobre una loma y domina un extenso campo cubierto de trigales. Agrúpase la cuadrilla bastante numerosa, en derredor de la habitación principal, como buscando refugio, formada por casitas de adobe techadas con roja y limpia teja y dispersas por la

ladera de la pequeña eminencia en pintoresco desorden. Al frente de la casa extiéndese un amplio corredor de arcos simétricos, á uno de cuyos extremos se abre la puerta de la capilla. La torre del pequeño santuario asoma artísticamente por entre las tupidas copas de los fresnos que dan sombra á la fachada, como una cabeza curiosa que se alzara para indagar lo que pasase en derredor y quién fuése y viniese por el camino. A la espalda de la casa se divisa la espaciosa huerta limitada por paredes de adobe y prolongándose desde lo alto de la loma hasta la orilla del manso río, que pasa fresco y parlero por el fondo del valle y dibuja su curso á través de los trigales con una doble hilera de lucientes sauces de tierno verdor.

¡Cuán hermosa es la naturaleza y cómo se ensanchan el corazón y el pensamiento á la vista del campo ilimitado, y de los risueños espacios poblados de luz y de céfiros voladores! La vida artificial de las ciudades hácenos olvidar el gran mundo creado por Dios, que se extiende más allá de los débiles muros de nuestras habitaciones. Alejados de la fuente verdadera de la vida donde na-

cen los frutos que nos sustentan y corren las auras que nos vivifican, pasamos la existencia cautivos y doloridos, resistiendo los impulsos de nuestro organismo, que clama por la luz, por el aire y por la libertad. Así es como nuestros miembros se debilitan y extenuan en la vida deletérea que arrastramos en las poblaciones; así es como se amortigua nuestra mirada, falta de la llama que pudiera comunicarle la clara imagen del sol; así es como palidecen nuestras mejillas privadas del calor de la vida; y así es también como, apartados de los grandes espectáculos de la tierra y el cielo y de la lucha de los elementos eternamente agitados por el movimiento genésico, se atrofia nuestro pensamiento, tórnase ruín nuestra fantasía, y no se conmueve nuestro corazón con las grandes sacudidas de lo sublime y de lo inmenso.

¡Oh campo! ¡oh cielo! ¡oh luz! ¡oh frescas y libres auras! Al sentirme bajo vuestro amparo, paréceme que torno á la vida después de triste letargo; rejuvenezco con el vigor que me comunica vuestra influencia y me considero menos pequeño y menos aislado, porque siento que sois parte de

mi vida, y que formo yo también parte de la vuestra.

III

Esperábanos en el portal, Lucía, la esposa de Pedro. Tan pronto como bajamos del carruaje, se efectuaron las presentaciones de rúbrica:

—Julio Gutiérrez, mi mejor amigo, dijo Pedro cogiéndome por la mano.

—Lucía, mi esposa, continuó designando con la mano libre á su consorte.

Saludámonos con fría ceremonia la joven y yo, tendiéndonos la diestra.

—Es Julio, hija, prosiguió Pedro, aquel amigo y condiscípulo de quien te he hablado tanto y contado tantas cosas.

—Mucho gusto tengo en conocer al señor, repuso ella con sequedad; Pedro no hace más que hablar de usted todo el día, desde que nos casamos.

—Muy bondadoso ha sido conmigo; siempre me ha distinguido con su cariño.

—Porque lo mereces, hombre, articuló mi

condiscípulo poniéndome la mano en el hombro. ¡Caramba, y qué bien dabas las lecciones en la clase! Así podían ser de cuatro ó seis fojas; las decías y explicabas mejor que el mismo maestro.

—Ojalá hubiera sido verdad; tengo el remordimiento de haber perdido mucho tiempo.

—No lo creas, hija; aquí donde le ves, no es talento, es talentazo. Al decir esto, Pedro me levantó el cabello de la frente, y me dió en ella una palmada.

—Ya lo sé, murmuró Lucía plegando la boca con forzada sonrisa. Así lo cuenta la fama.

—Ustedes me favorecen y me obligan á sonrojarme, repuse con modestia.

Pasado este tiroteo y otra pequeña conversación sobre generalidades insípidas, condújome Pedro á mi aposento, y quedéme solo breves momentos arreglando un poco el traje y la persona para asistir á la comida.

¿Qué impresión me había producido Lucía? Por de pronto, la de la repulsión y la antipatía, por su aspereza y frialdad. Nada había encontrado en ella que revelase cora-

zón ni ternura; figurábaseme mujer insensible, como una estatua. A la verdad, no podía desconocer que era hermosa: éralo en el alto grado, á fe mía. Y lo que más me llamaba la atención era que su figura y modales no correspondiesen á su origen y alcurnia. Bien sabía, por habérmelo relatado mi amigo, que había nacido Lucía en el antiguo pueblo de Zaulán, de padres pobres y de obscura prosapia; y con todo, aparentaba ser dama distinguidísima, de ilustre casa y encofetado linaje. Verdad es que había recibido educación en un colegio de Guadaluajara; pero aquella no era razón para que hubiese adquirido tan natural circunspecto y altivo continente. Hallábase tan á sus anchas como propietaria de aquellas ricas tierras y conduciendo el gobierno de aquella numerosa servidumbre, que se la hubiese tomado por rica heredera, hecha á mirar riquezas y á dictar órdenes desde la cuna. No se advertía en su porte, voz ni estilo, nada forzado, ni exótico, ni tímido, ni extravagante; en medio de la opulencia, estaba en su elemento, como el pez en el agua.

Por su tipo era una aristócrata. Blanca y pálida, con ojos negros de rizadas pesta-

ñas, rostro ovalado; griega nariz, boca pequeña, alto, airoso y robusto talle, manos finas, largas y perfiladas, voz grave y sonora y maneras llenas de majestad; recordaba á la castellana moradora de estancia feudal, hija de barón soberbio, acostumbrada á todas las ovaciones y á todos los triunfos.

Y así también se vestía. Llevaba justillo de largo peto, mangas lisas y angostas y cuello abierto por la garganta. Su falda larga en demasía tenía corte anticuado de marcado carácter. Su traje todo parecía sacado de esos cuadros donde aparece alguna belidad medioeval sentada en sillón de alto respaldo, con la chimenea de armas esculpidas á la espalda, y un blanco y esbeltísimo lebrél echado á los pies, abismado en la contemplación del zapatito de raso, que asoma entre el ropaje y reposa en blando cojín de reluciente seda.

Y me volvía cruces pensando en los caprichos de la suerte, que se empeña á las veces en dar forma de patanes á los príncipes y apariencias ilustres á los menos linajudos y más oscuros hijos del pueblo.

Muy á poco vino Pedro á decirme que la

mesa estaba servida, y á llevarme al comedor.

En la comida observé el mismo contraste que me había chocado poco antes. Nada faltaba en la mesa: vajilla elegante, copas de fino cristal, blanco mantel y limpias servilletas; manjares delicados, vinos deliciosos y servicio inteligente y activo. La señora de la casa hacía los honores con desembarazo y destreza, vigilando el servicio con naturalidad y competencia extremadas. Su continente era irreprochable, y su aire distinguido echábase de ver hasta en los menores detalles. La finura de sus modales resaltaba tanto más, cuanto que Pedro desplegaba todas las deficiencias opuestas á los refinamientos sociales de su consorte. No podía tomar la sopa sin sorber con estrépito, ni hacer uso del cuchillo sin empuñarle como arma de combate, ó haciéndole desempeñar las veces de cuchara y sepultándole en la boca, como Beneditti la espada. Al terminar cada platillo, retirábale de delante de sí con ímpetu, y se colocaba de codos sobre la mesa estropeando el mantel y derribando la vajilla.

En todo y por todo era mi pobre amigo

el reverso de la medalla de su mujer. ¿Cómo explicar que hubiesen podido reunirse aquellas naturalezas tan disímbolas? Nunca he podido dar solución á esta pregunta. Acaso el interés de adquirir comodidades y fortuna, ó quizás los mandatos paternos hayan obligado á la joven á realizar aquellos desposorios incongruentes, ó acaso la nativa bondad de Pedro haya ejercido misteriosa y pasajera seducción sobre su alma.

Concluida la comida, trasladámonos á la sala á tomar el café. Era ésta pequeña y elegante á tal extremo, que dentro de ella olvidábase estar en el campo, y se creía no haber salido de la ciudad. Nada faltaba allí: ni los limpios cristales de las ventanas, ni los tenues visillos, ni las cortinas, ni la alfombra, ni el lujoso mobiliario, ni el piano elegante y lustroso. Como no esperaba nada de lo que veía, todo me causaba asombro, y á cada sorpresa que recibía, penetrábame más y más de la incoherencia del matrimonio que me brindaba hospitalidad.

La joven, siempre sería en demasía, sirvieron el café por sí misma, y coñac en pequeñas copitas. Tomando á sorbos el delicioso Uruapan, comprometímonos ella y yo,

Con ocasión de la vista del piano, en una conversación bastante animada sobre música. He sido aficionado á ella toda mi vida, y la amo con delirio, y era Lucía asimismo una dilettante de fuerza; así que á poco andar nos entendimos á maravilla, y nos enardecimos inconscientemente en el diálogo. Hecho el panegírico del divino arte por ambas partes, aunque protestando mutuamente nuestra incompetencia, disertamos acerca de la excelencia de las escuelas italiana y germánica, expresamos diversos juicios críticos sobre los compositores más famosos, y luego pasamos á registrar el archivo filarmónico que teníamos á la vista. Lucido era por todo extremo. Wagner, Rossini, Bellini, Donizzetti, Verdi, Mozart, Shumann, Meyerbeer, Schubert, Gounod, Bizet; casi todos los colosos del arte, representados por varias de sus obras, estaban en el elegante musiquero cercano al piano, y al lado de esos genios de primer orden, agrupábanse los inspirados compositores que giran en su torno, Chopín, Grieg, Godschalk, Titta Mattei, Strauss, Waldteuffel, Souppé y tantos otros autores de canciones, valeses, serenatas, baladas, reveríes, y otros mil ensue-

ños musicales destinados á la interpretación del piano ó de la garganta.

Entretanto que ella y yo nos engolfábamos revolviendo la biblioteca, tarareando las notas y dando nuestro parecer acerca de las composiciones que examinábamos, Pedro permanecía silencioso y aburrido, sentado en el confidente y santiguándose los bostezos. No pudiendo al fin resistir el fastidio, sacó el reloj y nos dijo:

—Ustedes están muy divertidos viendo papeles de música, y yo hago falta en mis quehaceres. Me escapo unos momentos para ir á ver la caballada; son ya las cuatro de la tarde. ¿Dispensas que te deje un rato, querido amigo?

—No tengas cuidado, le respondí; obra con entera libertad. No permita Dios que faltes por mí á tus deberes.

—Al caer la tarde vendré en carruaje para que vayamos á hacer un paseo al campo. ¿Te parece?

—Espléndido.

Y con esto se marchó. Lucía sonrió levemente.

—No le gusta la música, murmuró. Se marcha porque se aburre.

—¿Es posible?

--Sí: no la entiende. Al principio, cuando estábamos recién casados, me empeñaba en tocar y cantar para complacerle; pero advertí que no se divertía. Algunas veces se quedaba dormido; otras me decía, después de haberme oído ejecutar alguna partitura de Verdi ó de Rossini, que más le agradaban el *Perico* y la *Chirrióna*, que aquellos ruidos ininteligibles, y me obligaba á tocar ó cantar *balonas* y *jarabes*, con lo que se ponía de buen humor. En vista de ello, me ganó el desaliento, cobré horror á la música, cerré el piano, y dejé que se cubriesen de polvo mis papeles. Años hace que no hablaba de música.

--¡De veras! Me sorprende lo que usted me dice, pues no creía hubiese en el mundo persona tan refractaria al divino arte; pero ya que nos hemos encontrado dos que somos de las mismas aficiones, es fuerza recordar algo de lo que supimos. También hace mucho tiempo que no pongo el dedo á una tecla; ruégole toque algunas de su piezas predilectas.

Resistió un poco; mas luego se rindió á mis instancias y se sentó al piano. Rumbosa

pieza eligió para darse á conocer: *El despertar del león*. Desde las primeras pulsaciones comprendí que me las había con una *virtuosa* de gran potencia. Hería el teclado con seguridad y ejecutaba con destreza; observaba el compás con superior conocimiento y sabía subrayar las frases musicales para comunicarles expresión propia. Interpretaba las notas dándoles sentimiento é intención personales, y sin desfigurar, con todo, el pensamiento del autor. Era, no cabía duda, una *dilettante* de altos vuelos, así por la ciencia del contrapunto, como por la habilidad adquirida en dilatada práctica, y por vocación interna de su espíritu á las excelencias del arte. Parecía increíble que hiciese tan largo tiempo no ejercitara los dedos en recorrer el teclado; diríase que no había llegado á echar el piano en olvido ni un solo momento.

--¡Bravo! dijela entusiasmado al concluir; es usted una artista en toda forma. Ejecuta usted de una manera admirable.

--No, repuso. Es usted muy bondadoso. Tengo los dedos rebeldes y endurecidas las articulaciones; lo hago muy mal.

--Nada de eso; palabra de honor; me tiene usted admirado.

—Mil gracias; ahora le toca á usted la vez.

No hubo remedio; tuve que sentarme al piano. Hícelo con temor, así por la conciencia de mi insuficiencia absoluta, como porque me conocía sinceramente inferior á Lucía.

Por no aparecer presuntuoso, toqué un vals, *El bello Danubio azul* del inmortal Strauss, y tuve la satisfacción de observar, cuando hube concluido, que mi *manera* merecía la aprobación de la esposa de Pedro.

Con esto acabó de romperse el hielo. Perdida la cortedad por ambas partes, dímonos á lucir todo nuestro repertorio. Uno después de otro, no dejamos de ocupar el asiento frontero al piano, hasta que vino Pedro á sacarnos de nuesitro arrobo.

--Vamos, señores, dijo entrando en la sala; basta de concierto: el coche está á la puerta.

—A tus órdenes, respondí con desaliento.

—Andando, pues, que ya es tarde. Y tú, hija, dijo dirigiéndose á su esposa, ¿eres de la partida?

—Iré, contestó ella; me fastidiaría si me quedase sola.

—Milagro, observó Pedro con sencillez. Esta, prosiguió designando á Lucía, nunca quiere salir de casa. Vive metida aquí como el ratón en su agujero.

Instalámonos en el carruaje: Lucía y yo en el interior y Pedro en el pescante al lado del auriga, llevando las riendas. Seguimos la calzada costeada de fresnos, que comienza frente á la casa, y que, describiendo una curva dilatada, va á terminar á la orilla del río, donde prosigue por la margen buen trecho, á la sombra de frondosísimos sauces. Fresca y hermosa estaba la tarde. Poníase el sol en el lejano horizonte, que parecía piélago de lumbre; celajes admirables dibujábanse en el espacio azul; volaba el aire lleno de rumores formados de mugir de toros, bramar de becerros, balar de ovejas, susurrar de hojas y pír de pájaros; bandadas de estos pasaban por los aires ó revoloteaban en las frondas de los fresnos. Era la hora poética en que el sol descende: aurora final de un día bello y espléndido. Las pompas del sol que muere son iguales á las del sol que nace, con la diferencia de que se despliegan en sentido inverso. Al amanecer, dibújase el alba en el seno de la noche,

el alba se torna aurora. y la aurora se convierte en astro de oro que inunda de luz y vida los ámbitos del mundo. Al atardecer, la llama del sol debilitase hasta convertirse en aurora; descolórase la aurora hasta convertirse en alba; y el alba, como virgen tímida, muere en el seno de las tinieblas.

La luz naranjada de la tarde poniente, que parece triunfal, bañaba el panorama con tonos brillantísimos. Parecían orladas de oro las copas de los árboles; arrastrábase el ancho río como áurea corriente, encauzado entre fúlguidas esmeraldas; sentíase vagar por los árboles el dardo del sol poniente, vibrante y poderoso, como el del parto en el momento de la fuga.

El rostro de Lucía parecía celestial herido por aquellos fulgores. Mirábala yo con discreción de cuando en cuando, y observaba que iba absorta en la contemplación del paisaje. De sus facciones había desaparecido la contracción severa que había notado aquella mañana; cubríalas ahora languidez dulcísima, semejante á plácida tristeza, y la expresión de sus ojos era la de un éxtasis.

—Hermoso campo, dije en voz alta.

—Muy hermoso, repuso Lucía como despertando de un sueño.

—Buenos trigales ¿eh?, saltó Pedro volviendo la cabeza.

—No se trata de eso, hombre, objetó su esposa con enfado.

—¿Pues de qué se trata?

—De la belleza del paisaje.

—Por eso, los trigales....

—¡Y dale con tus trigales!. Julio (me llamó por mi nombre por la primera vez) se refería á lo pintoresco del panorama.

—¡Ah! el panorama, ya lo creo; como que la hacienda tiene doce sitios de ganado mayor. De cerro á cerro, amigo, de cerro á cerro.

—Te felicito, Perico, contesté sonriendo; en campo tan inmenso, tienen lugar bastante para darse gusto el aire, los pájaros, la luz, el río.....

—Y los trigales, interrumpió Pedro con zumba.

Lucía y yo volvimos el rostro para vernos con movimiento instintivo, y soltamos á dúo una sonora carcajada.